

MÉXICO VISTO POR LOS DIPLOMÁTICOS DEL SIGLO XIX

Frank SANDERS

Towson State College

La nación mexicana carece de orgullo por el pasado, de emoción por el presente y de fe en el futuro. Es un barco que se hunde; no hay fuerza que pueda salvarlo.

DE AMBROY

Cónsul Francés en Tampico

En México el cielo y la tierra son magníficos, pero los hombres no se parecen aún a la especie.

Alexis DE GABRAIC

Ministro Francés en México

¿POR QUÉ las naciones europeas, particularmente Francia y España, mirarían hacia México como hacía un campo fértil para la monarquía o simplemente para la intervención? Ciertamente los franceses no hubieran emprendido una aventura tan costosa y complicada como la de poner a Maximiliano en el trono de México, si no hubieran tenido la sólida convicción de que el resultado redundaría en su provecho. Hubo, ciertamente, razones económicas y políticas. Tanto como el resto de Europa, Francia estaba perfectamente enterada de la "riqueza de las Indias", y en el pasado se había beneficiado de esa riqueza. El *Ensayo político de la Nueva España* de Alejandro von Humboldt, aunque escrito en la época colonial, había trazado las líneas y convocado la imagen de una inmensa y rica región, pobremente explotada por una España decadente. La imagen, en ningún sentido nueva, fue

revivida con un colorido adicional por el brillante estudio de Humboldt.

Los muchos cambios de gobierno que México había sufrido desde la Independencia, crearon en las mentes de los europeos un cuadro de caos e inestabilidad: el de una tierra desgarrada por constantes revoluciones, donde la vida y la propiedad eran totalmente inseguras. Las minas y las haciendas habían marchado a la ruina y los grandes recursos del país no estaban siendo cabalmente explotados. No se consideraba a los mexicanos capaces de gobernar el país.

Europa debía venir en su ayuda, proveerlos de un gobierno estable (preferentemente una monarquía), y apartarlos así de la ruina. También estaba presente en estas estimaciones, el deseo de prevenir la rápida difusión de los principios republicanos y de contener la expansión de los Estados Unidos hacia el sur.

¿Qué fue lo que puso a rodar estas concepciones de México entre las potencias europeas? Jugaron un papel importante los informes y la correspondencia de los funcionarios diplomáticos; reportes y cartas ayudaron a crear el clima intelectual y el ambiente que modelaron las ideas y la visión europeas sobre el país americano.

Angel Calderón de la Barca, un consumado realista y primer embajador español en México, no perdió tiempo en informar a su gobierno que su primera impresión (y única, porque ya no cambió), después de un mes en México, era de pobreza, confusión y el "más deplorable de los atrasos de la civilización".¹

¹ Calderón de la Barca al primer secretario, 22 de enero de 1840, en Javier Malagón Barceló, Enriqueta López Lira y José María Mi-quel i Vergès (editores), *Relaciones Diplomáticas Hispano-Mexicanas: Despachos Generales*, Serie I. México, El Colegio de México, 1949-1966, I, pp. 25-31. Citado de aquí en adelante como RDHM.

Thomas C. Reynolds, ministro de los Estados Unidos en España, dijo de Calderón:

"Sin atender al manifiesto interés de España en cultivar relaciones amistosas con esa anarquía orgánica (México), ni a la política de su

Sólo las ruinas de las carreteras y de los edificios que España había construido testificaban lo que el país había sido y lo que pudo ser. Dividido en facciones desde "su prematura separación de la madre patria", México había adoptado una forma republicana de gobierno "muy alejada de la realidad" y "opuesta a sus antiguas usanzas y costumbres". Los indios no eran más felices que antes, ya que no había para ellos la protección especial que habían gozado bajo el poder español; el resto del pueblo no entendía ni apreciaba el cambio.²

Para Calderón, la sociedad en México era como un virreinato cuyo jefe estaba ausente por un período indefinido. Los hacendados nobles se adherían a la tierra y a sus títulos de conde o de marqués, a sus gestos aristocráticos, y vivían apartados de la sociedad "añorando los tiempos pasados y deplorando los presentes". Las riquezas estaban casi exclusivamente en manos de extranjeros o prestamistas que habían amasado fortunas por medio del fácil contrabando o de contratos usurarios. "Como en toda la Hispanoamérica independiente —señalaba Calderón—, aquí predomina el desorden y quienes mandan por el momento y hacen sentir su autoridad, son los militares",³ Calderón hacía notar que aun cuando el ejército era pequeño, los oficiales y generales retirados eran muy numerosos y que "solos, consumían el ingreso de la república".⁴

Cuando en 1840 José María Gutiérrez Estrada publicó su famoso panfleto pidiendo una monarquía para México, a

gobierno de atraer a su antigua colonia hacia un trato cordial, sirvió (Calderón) tan concienzuda y activamente al ministro británico, actuando como instrumento de sus intrigas, que México exigió su destitución. Había sido cogido en un doble juego, y, aunque era un enredador consumado y muy apto para el engaño, se pensó que no ejercitaría estos talentos, que podían ser útiles para Inglaterra, para dañarla." Reynolds a James Buchanan, 12 de agosto de 1847. *Diplomatic Despatches, Spain, National Archives, Grupo de Archivo 59.*

² *Idem.*

³ *Idem.*

⁴ *Idem.*

Calderón lo extasió que hubiera “expuesto a la burla y al desprecio del mundo, el desorden y la confusión de la administración y los vicios que han debilitado esta sociedad”.⁵ Calderón estaba convencido de que los mexicanos convendrían en sumarse al proyecto de una monarquía para que gobernara México, y de que los angloamericanos se opondrían a esa maniobra. Proféticamente, expresó:

Sólo un pacto entre las principales potencias de Europa y su asociación con vistas a tal fin, harán posible el plan de Gutiérrez Estrada; la única cosa que puede detener el desmoronamiento de las llamadas repúblicas hispanoamericanas.⁶

El sucesor de Calderón, Pedro Pascual Oliver, creía que el republicanismo era “una planta exótica” en México.⁷ Sus informes ofrecen puntos de vista similares a los de Calderón, en lo que toca a la necesidad de una monarquía para los mexicanos:

Una monarquía constitucional con un príncipe europeo, será seguramente la forma de gobierno capaz de conducir a este país, de la depresión y la postración, al encuentro consigo mismo... hasta contener el orgullo y la ambición de los extranjeros; pero en México, sólo el señor Gutiérrez Estrada ha tenido el coraje de proclamar esta verdad.⁸

Oliver estableció que México carecía de los fondos suficientes para cubrir los gastos del estado. No había industria ni comercio, más aún, la seguridad personal y la justicia no existían; situación que Oliver achacó a la falta de poder en la rama de las autoridades civiles y al “orgullo y la jactancia de las clases militares, que aspiran a gobernarlo todo

⁵ Calderón al primer secretario, 16 de noviembre de 1840, en RDHM, I, pp. 167-168.

⁶ *Idem.*

⁷ Oliver a González, 20 de abril de 1842, en RDHM, II, pp. 35-37.

⁸ Oliver al secretario de Estado, 20 de enero de 1843, en RDHM, II, pp. 216-218.

y que, en efecto, lo gobiernan".⁹ Éste y otros males nacidos del desorden total, explicaba Oliver, habían tenido su origen en la independencia que México eligió, y en el sistema de gobierno adoptado en 1823.¹⁰ Por otra parte, había también confusión y anarquía en las opiniones expresadas en diversos sitios del país. Aunque el clero y la mayor parte de la vieja nobleza conservaban sus sentimientos monárquicos, estaban divididos. La emancipación, para quienes deseaban que nunca fuera completada, era aberrante. Otros brindaban su apoyo a las ideas del Plan de Iguala, esto es, un trono mexicano con un príncipe de sangre real.¹¹ El republicanismo entre los cuerpos del ejército y de la administración civil, era fingido, decía Oliver; para la mayoría de ellos no era sino una opinión conveniente, pero ficticia. Nadie como los integrantes de estas clases tenía tanto apego a las distinciones y los honores, y nadie tampoco exigía más deferencia y respeto por parte de sus subordinados y por parte del público en general.¹² Aunque el sentimiento republicano existía ligeramente entre abogados, doctores, hombres de letras y artistas, Oliver precisó que eran unos cuantos en número, y que la mayoría aspiraba a terminar con un puesto público en el escalafón burocrático. Sus opiniones, pues, eran inconsistentes y cambiaban con su posición. Las ideas liberales, sin embargo, habían encontrado refugio en estas clases y de ahí llegaban los gritos de la prensa y la oposición en el parlamento.¹³ Oliver tenía poco que decir del resto de la población, apenas que estaba compuesta por "indios casi incapaces de razón", tan lejanos al contacto con las nuevas ideas, que "algunos todavía preguntan por la salud del rey Fernando VII". Con tales elementos en la sociedad y la confusión

⁹ *Idem.*

¹⁰ *Idem.* También, Oliver al primer secretario, México, 20 de noviembre de 1844, en RDHM, III, p. 128.

¹¹ Oliver al primer secretario, México, 24 de enero de 1844, en RDHM, III, p. 14.

¹² *Idem.*

¹³ *Idem.*

consecuente, se decía Oliver, “la solución más simple sería regresar al año de 1821 y abrazar el Plan de Iguala que nuestras Cortes repudiaron con tanto desprecio y vergüenza cuando les fue propuesto”.¹⁴

Con el advenimiento del gobierno de Santa Anna en 1842, Oliver sintió que el cambio abriría “el camino a expectativas que no existían antes y presenta como factible, con el tiempo, el establecimiento de un trono muy firme en este suelo que nosotros conquistamos con nuestra sangre y nuestro valor”.¹⁵

Como prueba de los hábitos monárquicos del pueblo, Oliver describió la magnífica recepción dada a Santa Anna durante su entrada a la ciudad, el 3 de junio de 1844, para ocupar la presidencia. Oliver subrayó que en vista de tanta adulación, Santa Anna necesitaría “una cabeza muy firme para no entregarse a algún peligroso proyecto de monarquía”.¹⁶

Oliver era incluso más explícito que Calderón de la Barca sobre la posibilidad y la necesidad de establecer una monarquía en México. En un despacho al conde de Almodóvar, primer secretario de Estado español, señalaba que podía no estar lejano el día en que México ofreciera nuevamente a España, el Plan de Iguala, “eventualidad acerca de la cual —añadía— tendré el honor de hablar a su Excelencia en despacho aparte”.¹⁷ En los archivos de la Embajada Española en México no pudieron hallarse ni el despacho a que Oliver se refería, ni las instrucciones del 31 de marzo de 1843 que le fueron giradas.¹⁸ A la existencia de las instrucciones se alude en otro informe:

Así, conservo la instrucción con la obligación secreta, que el señor Conde de Almodóvar tuvo a bien comunicarme en su des-

¹⁴ *Idem.*

¹⁵ *Idem*, 22 de diciembre de 1842, en RDHM, II, pp. 181-184.

¹⁶ *Idem*, 6 de junio de 1844, en RDHM, III, p. 66.

¹⁷ *Idem*, 18 de diciembre, en RDHM, II, pp. 176-177.

¹⁸ RDHM, III, pp. XIII-XIV.

pacho del 31 de marzo del año pasado, no sin la esperanza de que algún día pudiera tener aceptación práctica y pueda administrarse para hacer amado y respetado nuestro nombre entre los mexicanos.¹⁹

El ministro español en México de 1845 a 1847, Salvador Bermúdez de Castro, describió el lamentable estado del país durante la guerra con los Estados Unidos y comentó específicamente la ausencia del espíritu público, esto es, de patriotismo.²⁰

De acuerdo con Bermúdez de Castro, el síntoma más alarmante del desorden en México era la tendencia a la independencia por parte de los varios estados mexicanos. Señalaba que la "carencia de un centro común y las pretensiones locales" eran "una de las principales causas que apresuran la disolución y aumenta la confusión".²¹ Además, la posibilidad de calamidades futuras, como la guerra por los Estados Unidos, no borraban la apatía del gobierno y de la nación. "Aquí hay un arte particular para construir ilusiones y estos nativos están tan acostumbrados a encontrarse en un estado de perpetua revolución... que no miran hacia el futuro ni hacen planes para el mañana".²²

Con la guerra en camino, Bermúdez de Castro informó que los "hombres ilustrados miraban hacia Europa por ayuda".²³ El apoyo externo podría erigir un sistema político estable, ya que no habría elementos de resistencia. Después

¹⁹ Pedro Pascual Oliver al primer secretario de Estado. México, 24 de enero 1844, en RDHM, III, pp. 13-16.

²⁰ Castro al primer secretario, México, 28 de junio de 1846, en RDHM, III, pp. 276-280, en la Colección de Microfilm de la Embajada Española de México en México, de El Colegio de México. Citada de aquí en adelante como CM.

²¹ *Idem*, 31 de marzo de 1847, en CM.

²² Bermúdez de Castro al primer secretario, 29 de junio, de 1845, México, en RDHM, III, pp. 195-200.

²³ *Idem*, 28 de junio de 1846, en RDHM, III, pp. 278-280; Bermúdez de Castro al ministro francés del Exterior, 28 de junio de 1846, en CM.

de tantos años de revolución y anarquía, el pueblo deseaba orden y estabilidad.²⁴

Bermúdez de Castro se vio envuelto en las intrigas internacionales de la administración de Paredes y fue considerado como director de un complot contra México. Propuso como candidato al trono mexicano al infante Enrique, príncipe cuñado de Isabel II de España.²⁵

Se decía que importantes monarquistas se reunieron en la casa de Bermúdez en la ciudad de México y firmaron un acuerdo comprometiéndose a aceptar un príncipe español. El supuesto complot fue descubierto y denunciado, y no sólo tuvo que ser desechado, sino que el gobierno negó cualquier participación y condenó el asunto entero.²⁶

Durante el tiempo que duró su nombramiento como ministro español en México, Juan Antonio Zayas ratificó lo que sus antecesores habían reportado. La desmoralización del país era el fruto de la flojedad de sus leyes y de la anarquía administrativa impuesta por una forma de gobierno en desarmonía con el carácter, los hábitos y la educación del pueblo. Era una "sociedad viciosa y endeble que no puede sostenerse sola".²⁷

²⁴ *Idem.*

²⁵ Jorge Gurria Lacroix, *Trabajos sobre Historia Mexicana*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1964, p. 103. Luis Nicolau D'Olwer, en su prólogo al volumen III de las *Relaciones Diplomáticas Hispano-Mexicanas*, p. XV, señala que Bermúdez de Castro, nombrado por el general Ramón María Narváez como primer secretario de Estado y presidente del Consejo de Ministros, probablemente llevó instrucciones precisas en relación con las intrigas monárquicas, especialmente que no mencionara en sus despachos generales el asunto y en efecto, no lo menciona. D'Olwer destaca que cuando Bermúdez dejó México, probablemente llevó consigo su correspondencia privada y posiblemente también los documentos relativos a Oliver, ya que no aparecen en los archivos de la Embajada Española.

²⁶ Jorge Flores D. *Juan Nepomuceno de Pereda y su Misión Secreta en Europa* (1846-1848), Archivo Histórico Diplomático Mexicano, Segunda Serie, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1964, XIX, pp. 167-168.

²⁷ Juan Antonio de Zayas al primer secretario México, 2 de agosto de 1852, en CM.

La apatía general que exhibió el pueblo cuando el presidente Mariano Arista fue reemplazado por Juan B. Ceballos, indujo a Zayas a señalar que “en este pueblo se ha extinguido el último sentimiento de patriotismo”, y que, aun cuando los agitadores estaban dispuestos todavía a incitar al pueblo y al ejército, su acción era “sólo como la de una pila galvánica que pudiera agitar un cadáver, sin darle vida”.²⁸

El sucesor de Zayas en el puesto, Juan Jiménez de Sandoval, marqués de Rivera, fue otro fuerte abogado de la monarquía en México. Creía que el candidato perfecto para el trono era el conde de Montemolin, hijo de don Carlos de Borbón (hermano de Fernando VII). Por otra parte, ya que Montemolin era un pretendiente al trono de España, con su acceso al trono de México, se resolvía simultáneamente el conflicto en el de España.²⁹ La aceptación y el consentimiento de Montemolin para trabajar de acuerdo con el gobierno español, traerían como consecuencia su reconciliación con la familia real. Y en cuanto Montemolin renunciara a toda demanda sobre el trono de España, muchos de los militares que lo apoyaban lo seguirían a México, observaba Rivera, y así se resolverían dos problemas con un solo candidato. “Si estos planes, que quizá sólo se hallan en mi mente, fueran posibles, México podría salvarse manteniendo su nacionalidad, e incluso su independencia, pero no sin el eficaz patronazgo de España”.³⁰

En el año de 1853, el marqués de Rivera estuvo muy interesado en que España cobrara conocimiento de las ideas monarquistas que prevalecían entonces en México.

Recuerdo, al mismo tiempo, que cuando en otra época trataron de establecer en México una monarquía con un príncipe de familia real de España en el trono, hubo más de un hom-

²⁸ Zayas al primer secretario, México, 1º de febrero de 1853, en CM.

²⁹ Rivera al primer secretario, 30 de abril de 1853, en CM.

³⁰ *Idem.*

bre de alto rango que, no obstante la absurdidad de la idea, propusiera un príncipe de la casa de Austria. No será extraño, entonces, que si el caso vuelve a presentarse y España rehusa, como rehusó entonces, recurran a un príncipe de otra casa real de Europa.³¹

Rivera deseaba informar del verdadero estado de las cosas en México con el objeto de que su ministro de Estado, pudiera evaluar un “proyecto aún muy embrionario y susceptible de mil alteraciones, pero que a pesar de las tremendas dificultades en las que ciertamente creo que se verá envuelta su realización, no es del todo imposible”.³²

Destituido del cargo a requerimiento del gobierno mexicano, Rivera declaró que el señor Manuel Diez de Bonilla, secretario de Asuntos Exteriores de México, era el instigador detrás de la medida. Sostuvo que Bonilla temía su influencia con Santa Anna y que, junto con el señor Arroyo, oficial mayor de la secretaría, “se quejó de que yo había desacreditado a Su Majestad, la Reina”.³³ Rivera negó la versión, plenamente seguro de que había cumplido a conciencia su deber como buen español y fidelísimo representante de la reina.³⁴ Un poco antes de su destitución, durante las negociaciones de un convenio con España, Rivera había hablado con Arroyo, quien le hizo creer que su predecesor Zayas había sido relevado también a petición del gobierno mexicano.³⁵ Rivera había llegado también al entendimiento de que si Calderón de la Barca era asignado nuevamente, no sería aceptado “porque su esposa había escrito un libro sobre México.”³⁶ Había oído decir, que si Bermúdez de Castro no se hubiera ido, el gobierno mexicano habría solicitado, de igual forma, el cambio.³⁷ Finalmente, la conver-

³¹ *Idem.*

³² Rivera: *Muy Reservado*, México, 27 de mayo de 1853, en CM.

³³ Rivera al primer secretario, 2 de marzo de 1854, en CM.

³⁴ *Idem.*

³⁵ *Idem.*

³⁶ *Idem.*

³⁷ *Idem.*

sación que Rivera sostuvo con Lucas Alamán en torno a la destitución de Zayas, lo convenció de que "esta era una tierra muy peligrosa para los ministros de España".³⁸

Los diplomáticos españoles no sólo favorecieron señaladamente la idea de una monarquía para México, sino que también insistieron en que un amplio sector del país tenía concepciones y deseos parecidos. A los dos meses de su llegada, Calderón de la Barca informó que no había "hablado con ningún mexicano, de cualquier educación, que no tenga en descrédito y deplora el hecho de que España no aceptara el plan de Iguala, y que crea que este vasto territorio prosperará sin un régimen monárquico".³⁹ Después subrayaba que las "personas más juiciosas y bien instruidas" eran quienes profesaban la creencia de que México no podría "ir adelante, sin el establecimiento de un poder ejecutivo investido de prestigio y vigor efectivos, es decir, sin una monarquía constitucional".⁴⁰ Sin embargo, en otro despacho, establecía que no había ningún partido definido, de cualquier clase y "mucho menos uno organizado con aspiración y propósitos, y meta o sistema".⁴¹ Poco tiempo después, Calderón se disponía a informar que el panfleto de Gutiérrez Estrada había despertado a los partidos y renovado "las ideas de la monarquía entre aquellos que la desean y que la adoptarían si pudieran inventar una manera de llevarla a cabo, sin sacrificios ni esfuerzos".⁴² De acuerdo con Pedro Pascual Oliver, no faltaban hombres prudentes que desearan una

³⁸ *Idem.*

³⁹ Calderón al primer secretario, 29 de febrero de 1840, en Jaime Delgado, *España y México en el Siglo XIX*, 3 vols. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1950-1953, III, p. 444. También Oliver al primer secretario, 24 de enero de 1844, en CM.

⁴⁰ Calderón al primer secretario, 17 de octubre de 1840, en RDHM, I, pp. 164-165.

⁴¹ Calderón al secretario de Estado, 3 de julio de 1840, en Delgado, III, pp. 456-457.

⁴² Calderón al primer secretario, 16 de noviembre de 1840, en RDHM, I, pp. 167-168.

monarquía, pero el destino que corrió Gutiérrez Estrada, desanimó a muchos.⁴³

Desde el establecimiento de las relaciones entre México y España en 1839 hasta la década de 1860 a 70, la única variación que hubo en las concepciones de los ministros españoles respecto a la necesidad de una monarquía, la fuerza del partido y de la opinión monarquistas y el estado lamentable del país, se debió al general Juan Prim, conde de Reus, Ministro Especial Plenipotenciario y Comandante de las fuerzas expedicionarias españolas de 1861.

En una carta al conde Odilon Barrot, ministro francés en España, Prim declaraba que él era un monarquista consumado y que si pudiera ver alguna oportunidad para el establecimiento de una monarquía en México, haría su mejor esfuerzo para ayudar:

Pero, *Mon Cher*, creo que tales pensamientos son imposibles de realizar si tenemos en cuenta la voluntad del país, por la decisiva y concluyente razón, de que no hay monarquistas en México.⁴⁴

En un párrafo profético, Prim observaba que el pueblo pelearía contra la monarquía y que el trono de un príncipe extranjero, impuesto a bayoneta,

... caería por tierra el día en que el apoyo de los soldados de Europa sea retirado, tal como la autoridad temporal del Papa cayó cuando los soldados franceses dejaron Roma.⁴⁵

El 17 de marzo de 1862 Prim le escribía a Napoleón III, señalando que había en México muy pocos hombres con sentimientos monárquicos, y añadía: "Es lógico que así sea, ya que aquí nunca se conoció la monarquía en la persona

⁴³ Oliver a González, 24 de abril de 1842, en Delgado, *España y Mexico...*, III, p. 524

⁴⁴ Conde de Reus Juan Prim, a Barrot, Vera Cruz, 11 de marzo de 1862, en CM.

⁴⁵ *Idem.*

de los reyes de España, sino sólo en la de los virreyes".⁴⁶ Consecuentemente, no había ninguno de los intereses de una nobleza secular, o cualquier otra clase de cimiento moral que pudieran hacer deseable para la generación de la época, el restablecimiento de una monarquía "que no conocieron —añadía Prim— y que nadie les enseñó a amar y a reverenciar".⁴⁷ Prim convino en que no sería difícil para Napoleón, traer a Maximiliano a México y coronarlo rey, pero apuntó que el día en que el manto imperial fuera sustraído, "el monarca caerá del trono levantado por Su Majestad".⁴⁸

Entre los muchos asuntos relevantes que ofrecen los despachos de los ministros españoles en México, se encuentra la reiteración de la necesidad de un gobierno fuerte —preferentemente una monarquía—, para contrarrestar la doctrina del destino manifiesto de los Estados Unidos y prevenir su expansión hacia el sur, así como para contener la difusión de los principios republicanos. Las intenciones expansionistas de los soberbios y ambiciosos angloamericanos, observaba Oliver, eran bien conocidas y permeaban todo su pensamiento nacional.⁴⁹

Vinculada a esta idea, había una fuerte corriente panhispánica, antiangloamericana, que ligaba la necesidad de una monarquía, con la preservación de la cultura española, de la raza latina y de la religión católica. La preocupación primera de los Estados Unidos, era, ante esta interpretación, destruir y arrojar la influencia europea del continente americano. Bermúdez refería que la mejor ejemplificación de tal propósito era el Manifiesto a los Mexicanos que el 11 de mayo de 1847 lanzó el general Winfield Scott, aconsejando a los destinatarios del documento que desterraran sus hábitos coloniales, que recordaran su origen americano y

⁴⁶ Prim al emperador de los franceses, Orizaba, 17 de marzo de 1862, en CM.

⁴⁷ *Idem.*

⁴⁸ *Idem.*

⁴⁹ Oliver al primer secretario, México, 24 de agosto de 1844, en RDHM, III, pp. 86-88.

tuvieran claro que su felicidad no habría de venir de Europa.⁵⁰ Por otra parte, apuntaba Bermúdez de Castro, había mexicanos que colaboraban en la empresa de este antieuropeísmo y algunos agentes norteamericanos conspiraban con el Partido Ultrademocrático, que quería a toda costa el triunfo de los principios republicanos.⁵¹

Además, los funcionarios de los Estados Unidos predicaban continuamente la fraternidad de las repúblicas americanas y declaraban que su principal objetivo era salvar “los principios democráticos amenazados por los planes monárquicos que los gobernantes de Europa están preparando”.⁵²

Bermúdez de Castro afirmaba que la expansión de los Estados Unidos, era una amenaza a los intereses monárquicos y coloniales de España y revelaba su inquietud por la extensión de esas influencias en el Golfo de México, lo cual representaba un peligro para las Antillas Españolas. Bermúdez asentó que Cuba había sido materia de debates en el Congreso y la prensa de los Estados Unidos.⁵³

En 1853, el marqués de Rivera envió a España la síntesis de una conversación que sostuvo con el general norteamericano James Gadsden, en la cual este último habló de comprar Cuba.⁵⁴ A este propósito, Rivera comentó: “Hablar a los norteamericanos de desinterés pecuniario es hablarles un lenguaje que no entienden; para ellos no hay otro Dios que el dinero”.⁵⁵ Rivera no se mostró menos irritado cuando

⁵⁰ Bermúdez de Castro al primer secretario, México, 29 de mayo, 1847, en CM; y también, Congreso de EU. *Mexican War Correspondence*, 30º Cong., 1ª Sesión, 1847, Doc. núm. 60, pp. 971-974.

⁵¹ Bermúdez de Castro al primer secretario, México, 29 de mayo de 1847, en CM.

⁵² *Idem.*

⁵³ Castro al primer secretario, 29 de junio de 1847, en CM.

⁵⁴ James Gadsden, constructor de vías de ferrocarril en el sur, fue designado por el presidente Pierce para que negociara con México la venta de un área al sur del río Gila, dentro de territorio mexicano, la parte que actualmente corresponde al sur de Arizona.

⁵⁵ Rivera al primer secretario, México, 29 de diciembre de 1853, en CM.

Gadsden abordó la posibilidad de que Cuba, Jamaica, Santo Domingo y Puerto Rico, formaran una nación independiente, bajo la protección de los Estados Unidos: “todo es posible para un norteamericano; si una cosa le deja ganancias, nada lo atemoriza”.⁵⁶

En su segunda misión en México, Juan Antonio y Zayas informó que Gadsden era el instigador de algunas conspiraciones: había distribuido armas y dinero para fomentar una revolución y había dado ímpetu al proyecto de establecer un protectorado de los Estados Unidos sobre México. Más aún, las bases del protectorado habían sido ya esbozadas en la legación de Estados Unidos. Era un tratado de alianza ofensiva y defensiva, según el cual, los Estados Unidos garantizarían la integridad del territorio mexicano, otorgarían un crédito de 13 millones de dólares contra una hipoteca de propiedades eclesiásticas, y establecerían un banco con un capital de \$ 10 000 000, para financiar empresas agrícolas y mineras.⁵⁷

La cuestión de las finanzas gubernamentales había plagado persistentemente las sucesivas administraciones de México. Oliver creía que el deplorable estado de la hacienda pública se debía al abandono de los buenos principios de administración financiera —“modelo de sabiduría y excelencia”— que los españoles habían puesto en práctica.⁵⁸

En tiempos de disturbios civiles, los virreyes habían mantenido en armas a 90 000 hombres, sin forzar ni perjudicar los recursos del erario, señalaba Oliver, para preguntar: “¿Quién no sabe que hoy solamente pueden mantenerse 20 000 soldados hambrientos, y que los empleados públicos, los retirados y las viudas, reciben escasamente una cuarta parte de lo que se les debe”?⁵⁹

⁵⁶ *Idem.*

⁵⁷ Zayas al primer secretario, México, 19 de septiembre de 1855, en CM.

⁵⁸ Oliver al primer secretario, México, 12 de julio de 1844, en RDHM, III, pp. 77-78.

⁵⁹ *Idem.*

El orgullo por las cosas españolas y por los buenos días en que México era todavía una colonia de España, le sugirió al marqués de Rivera una interpretación histórica de tres hechos de la historia de México: el Grito de Dolores del 16 de septiembre de 1810; la entrada del Ejército Trigarante en la ciudad de México, proclamando la Independencia el 27 de septiembre de 1821; y la batalla de Tampico, del 11 de septiembre de 1829.

La independencia de México era celebrada en el mes de septiembre y las fiestas para los otros dos aniversarios, se observaban escrupulosamente. En cada capital de los estados se nombraban comisiones para dirigir las fiestas públicas y difundir oraciones y consignas para "suscitar el entusiasmo que el pueblo había perdido".⁶⁰ En tales ocasiones, la legación española se obstentaba de participar. No izaba su bandera nacional y aseguraba la entrada de la sede diplomática contra cualquier ultraje que algunos ciudadanos demasiado bebidos, pudieran cometer.⁶¹ Para el ministro español, el Grito de Dolores, no era otra cosa que el grito de los asesinos que se ocultaron tras los nombres de Fernando VII y la Virgen de Guadalupe y mataron inocentes. "Este sangriento aniversario —decía Rivera— es una mancha que anualmente tiñe la historia de México, siempre, desde que se representa como una nación independiente."⁶² Así también, el aniversario de la entrada del Ejército Trigarante en la ciudad el 27 de septiembre, era visto como la celebración de apenas algo más que una revuelta de las tropas españolas.⁶³ En efecto, México debía su Independencia a tales tropas españolas desleales. Y como España no reconoció a México como país independiente sino hasta 1836, su legación se abstentaba también de tomar parte en la observancia de este aniversario.⁶⁴

⁶⁰ Marqués de Rivera al primer secretario, México, 24 de agosto de 1853, en CM.

⁶¹ *Idem.*

⁶² *Idem.*

⁶³ *Idem.*

⁶⁴ *Idem.*

La costumbre de celebrar la derrota de las fuerzas españolas comandadas por el general Barradas, el 11 de septiembre de 1829, no había sido observada por algún tiempo. Sin embargo con el héroe mexicano de la batalla —Santa Anna—, nuevamente en la presidencia, la práctica fue revivida con más pompa y esplendor que antes, hiriendo el orgullo español más que nunca. Para echarle leña al fuego, Santa Anna vistió jactanciosamente una decoración con la divisa: “Yo humillé el orgullo español”.⁶⁵

El gobierno español aprobó la conducta de su legación en México, pero advirtió a la población española residente que no hiciera ninguna manifestación que pudiera indicar sentimientos opuestos a los de los mexicanos. Aunque la legación española no tomaba parte en las ceremonias públicas, debía cumplirse con la más elemental cortesía y no atraer la atención pública.⁶⁶ La actitud de cautela del gobierno español en cuanto a sus relaciones con México, no era nueva. De tiempo en tiempo, las instrucciones que se dieron a Calderón de la Barca incluyeron estrictas recomendaciones en el sentido de que no tomara actitudes favorables hacia ninguno de los partidos políticos de México y observara “la mayor precaución y tolerancia, porque la situación de los españoles que se han establecido hoy en México, es bien distinta de la que gozaban cuando eran amos del territorio”.⁶⁷

Instrucciones similares recibieron los subsiguientes ministros de España en México. A Pedro Pascual de Oliver se le dijo que el santo y seña debían ser la dignidad y la mode-

⁶⁵ *Idem.*

⁶⁶ *Real Orden* Núm. 47, Madrid, 4 de noviembre de 1853, Primera Secretaría de Estado, 2ª Sección, Ángel Calderón de la Barca al marqués De Rivera, en CM.

⁶⁷ *Instrucciones del Primer Secretario del despacho de Estado Evaristo Pérez de Castro, al Ministro de España en México, Ángel Calderón de la Barca*, Madrid, 26 de mayo de 1859, en RDHM, I, pp. 6-12; Cf. *Real Orden de J. M. de Ferrer a Calderón de la Barca*, Madrid, 19 de febrero de 1841, en RDHM, I, pp. 168-169.

ración y que él estaba encargado de cuidar a los españoles residentes en México, "no de mezclarse directa o indirectamente en asuntos políticos".⁶⁸ Su función, también, era lograr que crecieran, por todos los medios disponibles, las naturales simpatías de los mexicanos hacia su hermanos españoles".⁶⁹

Un medio de estimular las relaciones amistosas entre ambos países, fue alentar a los artistas españoles residentes en México a que ejercieran sus respectivas profesiones.⁷⁰

En 1840, la marquesa Calderón de la Barca había escrito sus impresiones del teatro en la ciudad de México diciendo que reinaba un ambiente "oscuro, sucio, impregnado de malos olores; los pasillos que conducen a los palcos son tan sucios, tan umbríos, que uno teme caminar por ellos".⁷¹ Hacia 1844, la situación había sido rectificada ya que el ministro español informó orgullosamente que un joven arquitecto español, Lorenzo de Hidalgo, había construido un nuevo teatro. Retratos de los más célebres autores del mundo colgaban de los balcones y España estaba representada en la colección: Calderón y Lope figuraban junto a Shakespeare y Molière. Tres distinguidos poetas españoles contemporáneos, a quienes los mexicanos admiraban, habían sido expuestos también: Martínez de la Rosa, el duque de Rivas y Manuel Bretón de los Herreros.⁷²

Aparentemente, los ministros de España no fueron muy cuidadosos para evitar su participación en los asuntos locales, ya que una y otra vez el secretario de estado expidió

⁶⁸ *Real Orden del Primer Secretario del Despacho de Estado, al Ministro de España en México, Pedro Pascual de Oliver, 6 de mayo de 1844, en RDHM, III, p. 17.*

⁶⁹ *Idem.*, p. 18.

⁷⁰ *Idem.*

⁷¹ Fanny Calderón de la Barca, *La Vida en México: Las Cartas de Fanny Calderón de la Barca*, editores, Howard T. Fisher y Marion Hall Fisher, Garden City, N. Y., Doubleday and Company, 1966, p. 113.

⁷² Oliver al primer secretario, México, 22 de febrero de 1844 en RDHM, III, pp. 17-18.

mandatos de abstención sobre ese particular. Los cónsules fueron informados de que “la primera queja, la más trivial denuncia, elevada por el gobierno mexicano en este punto, traerá como consecuencia la inmediata remoción del cónsul que, con su imprudencia, pudiera haberla provocado”.⁷³

Los españoles residentes en México fueron advertidos de no vincularse a ninguna contienda política y se les anunció, incluso, que España retiraría su protección para quien se inclinara hacia alguno de los partidos políticos que se disputaban el liderato del gobierno, “cualesquiera que pudieran ser los principios que proclamen, o la bandera que desplieguen”.⁷⁴

Debía hacerse claro al gobierno mexicano, que España aceptaba sinceramente su independencia. Los hechos del pasado debían olvidarse y diluirse el espíritu de superioridad español. Más allá de la dominación que hubiera ejercido en el pasado, España prefería ahora fortalecer un tipo de relaciones que enfatizaran la igualdad de origen, los vínculos de la sangre y de lenguaje, y las costumbres comunes.⁷⁵ La política española era fundar buenas relaciones comerciales y unificar los pueblos de los dos países mediante la estimulación de los beneficios materiales, ya que, en último análisis, éstos producían hombres “industriosos y pacíficos” y “cimentaban el amor y las buenas relaciones de los miembros de la gran familia castellana”.⁷⁶

Por lo menos dos de los primeros ministros españoles en México dieron apoyo a periódicos que fomentaron los

⁷³ *Copia de las Instrucciones dadas al Cónsul General de España en México, por el Primer Secretario del Despacho de Estado, Evaristo Pérez Castro*, Madrid, 10 de enero de 1840, en RDHM, I, pp. 54-56.

⁷⁴ *Primer Secretario de Estado, Dirección Política, Leopoldo al Embajador de su Majestad en México*, Madrid, 7 de noviembre de 1860, en CM.

⁷⁵ *Primer Secretario, Evaristo Pérez de Castro a Angel Calderón de la Barca*, Madrid, 26 de mayo de 1839, en RDHM, I, pp. 6-12.

⁷⁶ *Real Orden del Primer Secretario del Despacho de Estado, Joaquín María de Ferrer, al Ministro de España*, Madrid, 17 de noviembre de 1840, en RDHM, I, pp. 123-124.

intereses de España y defendieron el país y las cosas españolas contra los ataques que hacía la prensa liberal. *La Hesperia*, que apareció en 1840, fue respaldado por Calderón de la Barca. Dijo a los editores (uno de los cuales, Juan Covo, fue su secretario) que no los ayudaría más que con el valor de su biblioteca y con el ofrecimiento sincero de sus opiniones, pero bajo la promesa de que no habría el menor indicio de que él ejercía la más mínima influencia en la publicación; el propósito de la misma, asentó Calderón, sólo era promover los intereses de sus compatriotas, haciéndolos apreciar los beneficios de su gobierno.⁷⁷

El panfleto de José María Gutiérrez Estrada que apareció en 1840, fue motivo de una extensa polémica entre *La Hesperia* y el ministro de Guerra, José María Tornel y Mendivil.⁷⁸ Durante la polémica se advirtió a Calderón que tomara las precauciones necesarias para impedir que se supiera que *La Hesperia* era un eco de la legación española.⁷⁹

En 1853, el marqués de Rivera informó a su gobierno de un periódico ultrademocrático, *El Siglo XIX* que “había tratado de despertar los odios ya calmados y de revivir las pasiones bastardas contra la nación que hizo tantos sacrificios por sus colonias”.⁸⁰ Para defender a España de estos ataques, se estableció el periódico *Eco de España*. Sus editores, Anselmo de la Portilla, antiguo editor del *Español*, y Eduardo Asquerino, se proponían “defender nuestro país de las diatribas de sus enemigos, resaltar la verdad y echar sobre los detractores la justa indignación de los hombres ho-

⁷⁷ Calderón de la Barca al primer secretario, México, 24 de marzo de 1840 en RDHM, I, pp. 45-46; también Calderón de la Barca al primer secretario, 28 de junio de 1840 y anexos, en RDHM, I, pp. 91-95.

⁷⁸ Calderón al primer secretario, México, 24 de noviembre de 1840, en RDHM, I, pp. 169-171.

⁷⁹ *Real Orden al Ministro Español, Angel Calderón de la Barca*, Madrid, 20 de febrero de 1841, en RDHM, I, p. 171.

⁸⁰ D. Antoine, marqués de Rivera, Madrid, 26 de julio de 1853, en CM.

norables de todas las naciones".⁸¹ Rivera creía que el elogio de las glorias de España tendría un efecto laudable sobre "la parte sensible de la población" y por eso favoreció la publicación y ayudó a los editores con su consejo.⁸² El gobierno español aprobó la conducta de Rivera y estimuló su apoyo para el periódico, pero lo previno de que la ayuda debería ser indirecta y no ostensible. Por otra parte, debía persuadir a los editores sobre la conveniencia de una estricta neutralidad en problemas internos, ya que esta sería la base de la política española, especialmente "en esta ocasión, cuando un solo rumor falso de un protectorado por nuestra parte, ha dado lugar a los excesos cometidos por el periódico *El Siglo XIX*".⁸³

El consejo fue dado en una Orden Real, por alguien que tenía experiencia en tales asuntos: Ángel Calderón de la Barca, entonces en el puesto de secretario de Estado.

A través de su representación en México, España siguió recibiendo una pintura monótona de su antigua colonia. Estaba atrasada, había retrocedido desde la Independencia y el pueblo no estaba tan bien como lo había estado bajo el benevolente dominio español. El desorden y la confusión eran debidos a la forma republicana de gobierno. La monarquía era la cura para todos esos males y, además, había un amplio grupo en México a favor de esa medida. La monarquía era necesaria no sólo para acabar con la refriega interna de México, sino también para prevenir al país entero de la absorción por parte de los Estados Unidos.

Repetidamente, España previno a sus representantes para que detuvieran toda actividad política. Que la admonestación haya sido hecha con tanta frecuencia, más los indicios de que México había solicitado la destitución de tres mi-

⁸¹ *Idem.*

⁸² *Idem.*

⁸³ *Real Orden* Núm. 418, *Primera Secretaría de Estado*, 2ª Sección, 28 de diciembre de 1853, firmada por Ángel Calderón de la Barca, en CM.

nistros españoles, evidencian que estos últimos estuvieron envueltos en los asuntos internos.

Mientras España procuraba borrar su mala reputación en México, apelando a la cultura común, al lenguaje, la sangre y la religión, sus representantes parecían ejemplificar al "español feo".

El caso de los representantes franceses en México es similar y presentaron puntos de vista semejantes a su gobierno.

En enero de 1823, Francia envió a América a dos agentes, Julien Schmaltz y Achilles de la Motte de Malta, con el objeto de recabar información sobre el "status" político de Colombia y de México.⁸⁴ Buscarían concertar un acuerdo de relaciones comerciales entre dichos países y Francia, antes de que Gran Bretaña lo hiciera. Se desconoce si entre sus instrucciones venía la orden de procurar inducir en los dos países americanos, la erección de un trono para un príncipe de la Casa de los Borbones, aunque el encargado norteamericano de asuntos en París, opinaba que sí.⁸⁵

Los dos agentes fueron recludos, a su llegada, en el fuerte de San Juan de Ulúa, en Veracruz. Aunque pasaban por comerciantes, su equipaje y maneras, provocaron sospechas en las autoridades mexicanas, al parecer temerosas de los intentos de erigir una monarquía en Hispanoamérica, y fueron arrestados.⁸⁶ Las autoridades mexicanas creyeron que eran

⁸⁴ Hubert H. Bancroft, *History of Mexico*, 5 vols. San Francisco, A. L. Bancroft and Co., 1885, vol. V, p. 52; también Isidro Fabela, *Los Precursores de la Diplomacia Mexicana*, México, SRE, 1926, primera serie del ADHM, vol. XX, p. 169.

⁸⁵ Sheldon a John Quincy Adams, secretario de Estado, París, 18 de enero de 1824, en William R. Manning (ed.) *Diplomatic Correspondence of the United States concerning the Independence of Latin-American Nations*, 3 vols, Nueva York, Oxford University Press, 1925, II, pp. 1401-1403. También Isidro Fabela, *Los Precursores de la Diplomacia Mexicana*, p. 169.

⁸⁶ *Extracto de una carta recibida en México, fechada el 10 de noviembre de 1823*, en Ernesto de la Torre Villar (ed.), *Correspondencia Diplomática franco-mexicana, 1808-1839*, México, El Colegio de México, 1957, p. 16. (Citado de aquí en adelante como CDHM. También William

espías enviados por Luis XVIII para investigar en América las condiciones políticas, comerciales y financieras, las fuerzas militares y navales y el estado de las exportaciones y las importaciones. Se alegó que tenían instrucciones de disuadir a los varios estados americanos de que no participaran en la formación de ninguna unión federal, generando con ello disensiones y abriendo un campo propicio para desarrollar los intereses de Francia. Adicionalmente, se suponía a Schmaltz portador de instrucciones en el sentido de que convenciera a los mexicanos para que aceptaran como heredero de Moctezuma, al duque de Lucca.⁸⁷

El ministro de Asuntos Exteriores, Lucas Alamán, explicó al gobierno francés que Schmaltz y de La Motte habían sido detenidos porque el gobierno mexicano recibió información de *El Espectador* de Cádiz y de otras fuentes, que los identificaban como espías. Alamán subrayó también que algunos de los documentos que portaban, venían cifrados y tenían vinculación con cuestiones poco usuales en quienes emprenden viajes de negocio o placer.⁸⁸

Aun cuando la fría recepción dispensada a los agentes disminuyó las esperanzas de establecer algún príncipe borbón en el trono de México, no produjo el abandono del proyecto, según un informe que hizo Daniel Sheldon, encargado norteamericano de relaciones, en París. De hecho, afirmaba Sheldon, "cualesquiera que fuesen las medidas que puedan adoptarse por el momento, a las cuales, compelidas por las circunstancias, España y las potencias aliadas pudieran consentir temporalmente, es este plan que ellos intentan el que finalmente prevalecerá."⁸⁹

Spence Robertson, *France and Latin America*, Baltimore, John Hopkins Press, 1939, pp. 315-316.

⁸⁷ Idem., *Extracto...*, en CDM, p. 16.

⁸⁸ *Nota Explicativa de don Lucas Alamán...*, 30 de junio de 1824, CDHM, p. 14; *Informe... los señores Schmaltz y Aquiles de la Motte*, 11 de febrero de 1824, en CDHM, pp. 20-21.

⁸⁹ Sheldon a Adams, 1º de enero de 1824, en Manning, *Correspondence*, II, pp. 1401-1403.

Hasta 1823, la impresión que Francia tenía de la situación de México era que la sociedad, la religión, las costumbres y los hábitos del pueblo mexicano, demandaban una forma monárquica de gobierno, y es casi seguro que tales ideas fueron inspiradas a los estadistas franceses por Schmaltz y de La Motte.⁹⁰

Al ser liberado de la prisión, Schmaltz viajó por Tampico hacia Nueva Orleans, a donde llegó el 7 de febrero de 1824. Desde ahí envió un informe al ministro francés de Relaciones Exteriores, en el que pintó un cuadro negro de las condiciones en México. También notificó a Armando Jules Marie Samouel —un teniente de la marina francesa designado en una comisión especial a México—, que entre las personas más distinguidas y relevantes que podrían serle de utilidad en México, se contaban Alamán, Rafael Mangino, José María Bustamante y la familia Fagoaga.⁹¹

El teniente Samouel fue elegido para la misión en México primeramente, a causa de la estrecha amistad que hizo con Lucas Alamán en la Martinica, en 1821, durante el viaje que este último hacía a España en calidad de representante de México a las Cortes de Cádiz.⁹² El funcionario francés recibió instrucciones por partida doble, del marqués Clermont-Torrere, ministro francés de Marina y Colonias, y de

⁹⁰ AHDM, primera Serie, XX, p. 170. El general Octaviano d'Amilvar, estuvo en México inmediatamente después de 1810. Al consumarse la Independencia, regresó, sólo para ser expulsado en 1825. Propagó ideas contrarias a la república y afirmaba que los mexicanos anhelaban el retorno a la monarquía, pero con independencia de España. A su regreso a Francia, trató de persuadir a sus oyentes de que el partido que sostenía esas ideas era grande y vigoroso, aparentemente protegido por el clero, en especial por Antonio Joaquín Pérez, obispo de Puebla. Tomás Murphy, secretario, París 2 de enero de 1826, en Luis Weckmann, *Las Relaciones Franco-Mexicanas*, México SRE, 1961, I, pp. 315-316.

⁹¹ Murphy a Michelena, 1º de octubre de 1824, en Weckmann, *Relaciones*, I, p. 19; CDFM, pp. 20-21; Robertson, *France and Latin America*, pp. 315-316.

⁹² AHDM, primeras series, XX, p. 179.

Chautebriand, ministro de Relaciones Exteriores. Entre sus muchas tareas le fue asignada la de informar sobre "las más generalizadas opiniones en México, respecto a la forma de gobierno más adaptable al país".⁹³ Aparecería simplemente como un funcionario autorizado a viajar para su propia educación, o como alguien enviado por el gobierno de la Martinica para estudiar algunos asuntos que interesaban a la Marina Real y a la Marina Mercante de Francia.⁹⁴

En sus instrucciones a Samouel, Chautebriand expuso:

De acuerdo con la información que tenemos de México, hay razones para creer que no existe ahí un gobierno sólidamente establecido y que la opinión es indecisa respecto a la naturaleza de lo que producirán los disturbios que prevalecen. El estado social y religioso, las costumbres y los hábitos del pueblo mexicano, parecen pedir una forma monárquica de gobierno. Se ha señalado que bajo el viejo gobierno, México fue quizás la colonia que menos sufrió por el régimen a que estuvo sujeto. Esta circunstancia conduce al razonamiento de que entre todas las colonias rebeldes, será la más fácil de conquistar... Quizá consentiría en recibir un virrey que presidiera una administración puramente mexicana, la cual decidiría en todos los asuntos internos del país. Un sistema así aseguraría para México una independencia real, escudándolo de todos los ataques externos y las disensiones internas, y sólo se concederían unos subsidios a España, se asegurarían particulares ventajas para su comercio y le daría al país, finalmente, el privilegio de la soberanía que los mexicanos proclamaron en 1821.⁹⁵

En 1824, Samouel pasó varios meses en México, y fue recibido de un modo más cordial que Schmaltz y de La Motte. Sostuvo entrevistas con Alamán, a quien notó cauteloso para evitar sospechas de que era abiertamente partidario de los

⁹³ Clermont-Torrere a Samouel, 17 de diciembre de 1823, en AHDM, primeras series, XX, pp. 180-184.

⁹⁴ *Idem.*

⁹⁵ Chautebriand a Samouel, 17 de diciembre de 1823, en AHDM, primeras series, XX, pp. 184-189.

franceses. Samouel informó que “la gran parte de la población detesta a los españoles, desea la independencia y una mayoría prefiere la monarquía representativa sobre cualquier otra forma de gobierno”.⁹⁶

El partido monárquico constitucional era el más fuerte y el más poderoso del país. Estaba compuesto, señaló Samouel, por el clero, la nobleza, los grupos que habían mantenido lazos con España y por todos los que deseaban un gobierno fuerte y estable. El comisionado inglés había insinuado a los líderes de ese partido, que, con el propósito de mantener fuera del trono a los borbones españoles, invitaran a un príncipe alemán, situación, observó Samouel, que podría ser contraria a los intereses de España y de Nápoles.⁹⁷

Aunque pensaba que la monarquía reemplazaría pronto a la república de México, Samouel estaba convencido de que su establecimiento sería difícil. Los mexicanos no tenían una figura suficientemente ilustre para merecer el trono, y un príncipe europeo encararía muchos obstáculos. Para ocupar el trono y sostenerse en el poder, tendría que vencer no sólo la envidia y la protesta norteamericanas, sino que requeriría también la voluntad común de Europa.⁹⁸

Un sentir semejante fue expresado por el vizconde Granville en una conversación con el barón Auge H. M. Damas, ministro de Relaciones Exteriores de Francia, en diciembre de 1825. Granville hacía notar que los franceses estaban “dispuestos todavía a escuchar proyectos que, adoptados unos años antes, posiblemente habrían asegurado a la familia real de España un dominio permanente sobre ese país”.⁹⁹

⁹⁶ Donzclot a Damas, 30 de octubre de 1824, en CDHM, pp. 31-32.

⁹⁷ *Idem.*

⁹⁸ *Idem.*

⁹⁹ El vizconde de Granville a George Canning, París, 15 de diciembre de 1825, en Charles Kingsley Webster (editor) *Britain and the Independence of Latin America (1812-1830) Select Documents from Foreign Office Archives*, 2 vols. Londres, Oxford University Press, 1938, II, pp. 203-204.

Los ministros franceses de hecho habían escuchado muchos proyectos ya que Damas fue abordado en la primavera de 1825 por Gregor McGregor, soldado escocés de fortuna que había combatido bajo las órdenes de José Miranda en Venezuela, con un proyecto para la reconquista de México.¹⁰⁰

En 1823, el mismo aventurero había abordado a Chautebriand.¹⁰¹ McGregor proponía que ya que España no podría subyugar nunca a las colonias americanas, cesara todos sus actos de hostilidad hacia los insurgentes. Entonces España dividiría Hispanoamérica en cuatro principados gobernados por príncipes borbones. Cada uno de los príncipes sería habilitado con una guardia personal conveniente y un escuadrón de buques de guerra; nativos de filiación monárquica reconocida serían adscritos a la casa de cada soberano. Se distribuirían con liberalidad títulos y honores y el comercio sería establecido sobre la base de la igualdad para todas las naciones. El plan era una variante de la vieja proposición de Aranda; un funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores francés, había escrito sobre la copia de la propuesta, "el plan es verdaderamente muy bueno, pero su ejecución es difícil".¹⁰²

En 1828, el Gabinete de las Tullerías comisionó expresamente a Charles Bresson para que examinara la posibilidad de constituir una monarquía en Sudamérica. Acompañado por Napoleón Lannes, duque de Monte Bello, Bresson viajó a Nueva Orleans con rumbo a México, pero cambió a Colombia el foco de sus intrigas monárquicas cuando oyó de los acontecimientos ocurridos en México en diciembre, los motines que dieron por resultado la destrucción del mercado del Paríán.¹⁰³

¹⁰⁰ Robertson, *France and Latin America*, p. 365.

¹⁰¹ *Idem.*, pp. 281-282.

¹⁰² *Idem.*

¹⁰³ Lorenzo de Zavala, *Ensayo Histórico de las Revoluciones de México desde 1808 hasta 1830*, Nueva York, Elliot and Palmer, 1932, II, pp. 242-247; William H. Harrison, ministro de Estados Unidos en Colombia, a Martin Van Buren secretario de Estado, Bogotá, 27 de mayo de 1829, en Manning, *Correspondence* II, p. 1335.

En 1830, el vicecónsul francés en Acapulco, Athanase Laisne de Villeveque, escribió a su padre, un diputado francés, sobre los deplorables hábitos morales y físicos del pueblo mexicano y de los hábitos morales de sus dirigentes. Aunque Villeveque trabajaba y favorecía para el trono de México la candidatura del duque de Parma, —de quien dijo que era el preferido por Lorenzo de Zavala—, aparentemente lo hizo sin autorización oficial.

El príncipe Polignac negó que Villeveque hubiera estado nunca autorizado para esas actividades, ya que el gobierno francés no se opondría jamás a las intenciones de Fernando VII, cualesquiera que fuesen, en relación con su antigua colonia.¹⁰⁴

En 1830, el establecimiento de un príncipe español en el trono de México, era todavía un proyecto próximo y factible para la corte francesa. En la medida en que interesaba a Francia, no sólo era factible, sino deseable, porque ayudaría a los gobiernos monárquicos de todas partes por el golpe que daría al republicanismo en América.¹⁰⁵

Los ministros franceses afirmaron persistentemente que el republicanismo era una institución de origen norteamericano, y una total contradicción en un país sin educación política como México, y que sólo una monarquía traería la paz y la estabilidad.¹⁰⁶

Sostenían además que había en México fuerzas considerables que favorecían esa corriente.¹⁰⁷ Señalaron, sin embargo, que para establecer una monarquía, y con ella esta-

¹⁰⁴ Carta de Laisne de Villeveque a su padre 24 de enero y 3 de febrero de 1830 en CDFM, p. 82.

¹⁰⁵ H. U. Addintong, ministro británico en España a Earl of Aberdeen, Madrid, 19 de febrero de 1830 en, Webster, *Documents*, II, p. 475.

¹⁰⁶ El barón Deffaudis al ministro de Asuntos Exteriores 15 de julio de 1833, en CDFM, p. 121.

¹⁰⁷ *Idem.*; *Deffaudis a Thiers*, 27 de agosto de 1836, en CDFM, p. 143; *Deffaudis a Thiers*, 26 de septiembre de 1836, en CDFM, p. 144.

blecer también la ley y el orden, era necesaria la intervención extranjera.¹⁰⁸

Otro abogado de tal intervención fue Louis Eugene Maissin, ayuda de campo del contralmirante Charles Baudin, el comandante de la fuerza naval francesa que bloqueó los puertos mexicanos en 1833, en "desagravio del mal trato de los ciudadanos franceses en México"; Maissin escribió de su experiencia y comentó el estado de la sociedad mexicana.¹⁰⁹ Uno de los capitanes de la flota fue el príncipe Joinville, hijo de Luis Felipe, cuya presencia puede haber alentado a los monarquistas mexicanos en los planes para erigir una monarquía.¹¹⁰

Maissin observaba que el "Partido Español Clerical", con grandes "intrigas, insultos y provocaciones", podría incitar a Francia a conquistar a México; "una vez cumplido esto, sería posible la monarquía".¹¹¹ Por otra parte Maissin creía que Francia era particularmente idónea para realizar tal proyecto.

De naturaleza pendenciera, estamos impacientes para enderezar los equívocos, incluso cuando podamos sufrir en el intento. Más importante, Francia pondría en el trono de México un miembro de la Casa Borbón, familia que ha preservado intacto su prestigio con el pueblo español, al que ha gobernado tanto tiempo. La supremacía de la iglesia sería asegurada; los dueños de propiedades y los españoles que permanezcan, formarían una aristocracia con los derechos y los privilegios usuales. Tales eran y aún son los sueños del partido clerical, del cual se dice que el señor Lucas Alamán es el líder y el secretario Cuevas, uno de los principales.¹¹²

¹⁰⁸ Deffaudis al Ministerio, 29 de septiembre de 1837, en CDFM, p. 150; Deffaudis al ministro, 3 de junio de 1837, en CDFM, p. 154.

¹⁰⁹ Eugene Maissin *The french in Mexico and Texas (1838-1839)*. Traducción del francés con instrucción y notas, de James L. Shepherd, III, Salado Texas, The Anson Jones Press, 1961, p. XIX, de la introducción.

¹¹⁰ *Idem*, p. XX de la introducción.

¹¹¹ *Idem*, p. 27.

¹¹² *Idem*, pp. 27-28.

Debido a la ruptura de relaciones de Francia con México, entre 1845 y 1847, el ministro español en México, Salvador Bermúdez de Castro, actuó como encargado de relaciones para Francia. Durante ese período informó al ministro francés de Relaciones Exteriores, en el mismo estilo —y a veces, con la misma información—, que usaba para sus reportes a España. “Todos los hombres ilustrados miran hacia Europa”, declaró, “porque en las circunstancias presentes sólo la ayuda externa será capaz de establecer un sistema político estable y de salvar esta nación de la anarquía”.¹¹³

Andre Levasseur, ministro francés en México de 1848 a 1854, también estaba convencido de que en México se requerían unidad y fuerza. Creía en la necesidad de un dictador, en una concentración de poder casi despótica.¹¹⁴ Levasseur estaba indudablemente feliz cuando cursó a su gobierno una solicitud de apoyo francés que elevaba la más prominente figura conservadora de México: Lucas Alamán. El informe de la entrevista de Levasseur con Alamán, debe haber influido también en los cálculos del ministro francés del Exterior, sobre la situación de México. Alamán aseveró que México debía a la población francesa el desarrollo de todas las artes útiles y que México buscaría incrementar la inmigración francesa. Los principios políticos deseados por México, eran “aquellos que vuestro ilustre soberano ha impuesto valerosamente en Francia y estimulado en Europa: principios de orden, justicia y religión; principios sin los cuales, como vemos aquí, no puede haber felicidad para el pueblo”.¹¹⁵ Alamán se esforzaba por robustecer los vínculos

¹¹³ Despacho Núm. 28 de Salvador Bermúdez de Castro al ministro francés de Asuntos Exteriores, 28 de junio de 1846; despacho Núm. 264, Bermúdez de Castro al secretario de Estado español, México, 28 de junio de 1846, en RDHM, III, pp. 278-280.

¹¹⁴ Andre Levasseur al ministro 1º de febrero de 1853, en *Versión Francesa de México, Informes Diplomáticos, 1853-1858*, Lilia Díaz (ed.) México, El Colegio de México, 1963-1966, I, p. 2. Citado en adelante como Díaz.

¹¹⁵ Levasseur al ministro francés de Asuntos Extranjeros, 30 de abril de 1853, en Díaz, I, p. 43.

entre los dos países y declaraba: "Deseamos copiar nuestras instituciones políticas de las de Francia... estableciendo aquí una monarquía hereditaria".¹¹⁶ Sin embargo creía que para México era imposible alcanzarla, y mucho menos mantenerla por sí mismo. El apoyo extranjero era definitivamente requerido, porque la amenaza de invasión por parte de los Estados Unidos, siempre estaría presente.¹¹⁷

Cuando Santa Anna llegó al poder en 1853, corrieron rumores de que intentaría coronarse rey. Sin duda los rumores se fortalecieron cuando se otorgó el título de Su Alteza Serenísima y restableció la Orden de Guadalupe. Antes de proclamarse emperador, Agustín de Iturbide había asumido el mismo título y fundado la Orden de Guadalupe.

Sin embargo, el ministro francés que sucedió a Levasseur, Alphonse Dano, no compartió la creencia de que Santa Anna daría ese paso y reportó a su gobierno que una monarquía con príncipe extranjero, era aún una solución viable para los problemas de México.

Aunque el sistema monárquico tiene la abierta simpatía de todos los hombres ricos e inteligentes, es sabido que esta forma de gobierno no podría establecerse de un modo perdurable con una dinastía nacional. Por el contrario, un príncipe real extranjero, será defendido y recibido por todos.¹¹⁸

Santa Anna había sido presidente siete veces antes, tres de ellas investido con poderes extraordinarios, y en todas había perdido la autoridad. Si esto sucedía de nuevo y la república era revivida, advirtió Dano, "el país caería en pedazos o sería absorbido por los Estados Unidos".¹¹⁹

Los ministros franceses destacaron con insistencia que ante los ojos de muchos mexicanos, la inminente amenaza

¹¹⁶ *Idem.*

¹¹⁷ *Idem.*

¹¹⁸ Alphonse Dano al ministro, México, 4 de enero de 1854, en Díaz I, pp. 88-93.

¹¹⁹ *Idem.*

de invasión por los Estados Unidos sólo podría conjurarse, mediante la pronta y enérgica intervención de las grandes naciones europeas.¹²⁰

Europa no podía permitir que México fuese absorbido: necesitaba mantener el balance de poder en el Nuevo Mundo. Europa debía intervenir en el problema, en cuanto que el fin confesado del republicanismo, esto es de la “demagogia universal”, era la caída de todos los gobiernos ordenados y regulares del Viejo Mundo.¹²¹

La reflexiva opinión del sucesor de Dano, Alexis de Gabriac fue que la mejor defensa contra la “demagogia universal” era tomar la ofensiva, no mediante la invasión directa o la guerra, sino indirectamente, a través de México. Si Europa acordaba el establecimiento y el mantenimiento de una monarquía en la “Constantinopla de América”, los Estados Unidos no tardarían en dividirse.¹²²

Los Estados Unidos no se extenderían, ni crecerían, ni dominarían en América, a menos que estuvieran circundados por pequeñas repúblicas en constante estado de anarquía.¹²³

En 1853 aparecieron en los periódicos de los Estados Unidos muchos artículos relativos a la necesidad de un protectorado sobre México. Se hacían eco de la opinión vertida en un artículo del “London Times”, según el cual, los Estados Unidos debían ser investidos con esta tarea.¹²⁴

Los artículos fueron traducidos, reproducidos y difundidos en México por los liberales.

Sin embargo, un artículo publicado en *Le Courier de L'Havre*, firmado por un señor E. Mouted, sostenía la opinión contraria. Proponía que se formara una monarquía en México y que se creara en las repúblicas hispanoamericanas

¹²⁰ Gabriac, México, 25 de enero de 1853, en Díaz, I, pp. 160-163.

¹²¹ Gabriac al ministro, México, 1º de julio de 1856, en Díaz, I, p. 304.

¹²² *Idem.*

¹²³ *Idem.*

¹²⁴ Gabriac, México, 11 de abril de 1858, en Díaz, II, pp. 11-13.

un equilibrio por medio de pequeños gobiernos monárquicos, para ofrecer un contrapeso efectivo a la fuerza ascendente de la democracia anglosajona, y mantener el principio de la monarquía en el Nuevo Mundo.¹²⁵

Estas dos ideas —la de un protectorado de los Estados Unidos y la de una monarquía restaurada—, tuvieron una gran influencia en México, según informó De Gabriac. Si bien la gran mayoría de la opinión pública favorecía la última alternativa y el miedo a la oposición a los Estados Unidos existía, “es posible —dijo De Gabriac— que el exceso de los males en que México está sumergido por hoy, pueda provocar una manifestación general en favor de la restauración monárquica”.¹²⁶

Los muchos informes de planes monárquicos transmitidos por De Gabriac, deben haber reforzado en muchos de los miembros del gobierno francés la convicción de que la monarquía era necesaria para prevenir la expansión de los Estados Unidos hacia el sur, alucinándolos con respecto a la extensión y la calidad del aliento monárquista en México. Uno de los informes, incluía un curioso plan o proclama publicado en *El Monitor Republicano*, declarándose que había sido encontrado entre los documentos de Antonio Haro y Tamariz, un líder conservador, cuando fue deportado.¹²⁷

Se proclamaba un imperio llamado Anáhuac, de índole hereditaria y constitucional. Su emperador iba a ser don Agustín de Iturbide, hijo mayor del antiguo emperador. Y en caso de que rehusara, el honor recaería en Haro. El estatuto garantizaba la religión católica como única religión del estado; y, en una clara contradicción, garantizaba también la igualdad ante la ley y reinstauración de los fueros militares y eclesiásticos.

Quizá el aspecto más interesante de este esquema era la

¹²⁵ *Idem.*

¹²⁶ *Idem.*

¹²⁷ Gabriac al ministro, México, 5 de enero, 1856, en Díaz, I, pp. 245-246.

obligación que se imponía al emperador —soltero, entonces—, de contraer matrimonio con una mexicana de origen indígena, que las Cortes constitucionales elegirían.¹²⁸

Aunque De Gabriac pensaba que —al menos por el momento— el plan era un poco descabellado, convino en que era coherente con el espíritu y el deseo del clero, del ejército y de la clase de los propietarios. Para asegurar el éxito sólo faltaban los hombres. Esto lo llevó a formarse la idea de que un príncipe extranjero capaz, con una pequeña fuerza de cinco o seis mil hombres y algún respaldo financiero, podría conquistar México sin dificultad.¹²⁹

Como para reforzar esta concepción, Tomás Murphy, antiguo ministro de México en Inglaterra, envió una nota al gobierno francés, en la que declaraba que México estaba condenado en breve, a ser víctima de una apropiación por parte de la raza anglosajona, “a menos que una mano fuerte lo salve”.¹³⁰

Treinta años de incontenible anarquía, eran el fruto de la introducción de las instituciones republicanas, “cuya esencia es diametralmente opuesta a las costumbres, carácter y otras condiciones del pueblo mexicano”.¹³¹

Murphy hacía hincapié en que la conquista anglosajona, no podía ser tomada a la ligera por Europa, ya que afectaba el equilibrio del mundo. La conquista de México no sería sino el principio; le seguirían Cuba y las Antillas. No sólo robustecería a los Estados Unidos, sino que depositaría sobre Europa la amenaza de la apertura de un inmenso campo para las instituciones republicanas.¹³²

Los problemas de México eran pues los problemas de Europa desde tres puntos de vista: el equilibrio del mundo, la seguridad de la paz y el tranquilo reinado de las institu-

¹²⁸ *Idem.*

¹²⁹ *Idem.*

¹³⁰ Memorial de Tomás Murphy, 17 de febrero de 1856, en Díaz, I, pp. 261-264.

¹³¹ *Idem.*

¹³² *Idem.*

ciones monárquicas. La única esperanza de México descansaba en el interés que Francia, Inglaterra y España pudieran tener en contener el ímpetu de la raza anglosajona.¹³³

Como señalando el tipo de ayuda que podrían ofrecer estas potencias, Murphy delineó las bases de un proyecto que, a su juicio, podía practicarse satisfactoriamente:

1. Establecimiento de una monarquía bajo un príncipe español o de cualquier otra dinastía católica, con la garantía colectiva de Francia, Inglaterra y España.
2. Para establecer y sostener este gobierno, las potencias deberían habilitarlo en alguna medida con fuerzas de mar y tierra y subsidios económicos.¹³⁴

Anticipándose a las objeciones que su plan pudiera suscitar, Murphy interpuso algunas por iniciativa propia. Era posible, señalaba, que la acción implicara una guerra con los Estados Unidos, y que México no inspirara suficiente simpatía a las naciones europeas como para que tomaran ese riesgo. Además Europa no perdería nada con la ocupación de Hispanoamérica por la raza anglosajona. Por el contrario, México sería ocupado por una raza activa, laboriosa e inteligente, que en un corto tiempo ensancharía los grandes recursos del país, organizaría a la población y crearía así grandes y vastos mercados, benéficos para la industria y el comercio europeos.¹³⁵

Murphy negó que la guerra fuese una consecuencia inevitable del proyecto, por el contrario, sería una garantía de paz. Los norteamericanos, precisaba, se mostraban audaces porque tenían la convicción de que Inglaterra y Francia —únicas potencias que temían—, no llegarían nunca a un acuerdo para oponerse a sus pretensiones sobre el continente americano. Este era el punto de partida, si bien implícito,

¹³³ *Idem.*

¹³⁴ *Idem.*

¹³⁵ *Idem.*

de la Doctrina Monroe y era la consideración que dotaba a los norteamericanos de la audacia suficiente para ir contra la ley y contra la justicia. Cuando vieran, sin embargo, que la alianza europea y de España podía verificarse, todas las posibilidades de guerra desaparecerían.¹³⁶

Por otra parte, el pueblo mexicano no era indigno ante Francia e Inglaterra; era la infeliz víctima de un mal sino y de la ignorancia de sus líderes, que habían aprovechado su simplicidad para imponerle un régimen político contrario a sus costumbres. Además no era sólo del interés de México que las potencias europeas se opusieran a las pretensiones de la raza anglosajona, sino también del interés de toda Europa "en orden a asegurar el equilibrio del mundo, amenazado con la inundación por una raza que ya ha dado pruebas excesivas de sus aspiraciones de grandeza y de su ilimitada arrogancia".¹³⁷

Y en lo referente a las ventajas que se ganarían en el comercio y la industria con un México bien desarrollado, éstas podrían asegurarse en igual o mejor medida con la intervención de Europa para establecer un gobierno ordenado y sano.¹³⁸

De Gabriac estaba al tanto de los planes para buscar un candidato al trono de México, e informó que, a su entender, había sido elegido y aceptado el príncipe Juan Carlos, hermano del conde Charles de Montemolin. Sin embargo, reconoció que, pese a sus esfuerzos, no estaba en posibilidad de obtener informaciones definitivas sobre el asunto. Al parecer, el plan preveía un gobierno provisional de cinco miembros: un general, un obispo, un industrial, un terrateniente y el presidente de la Suprema Corte, que convocaría un concilio de personalidades bien conocidas. Los miembros de este concilio, editarían un manifiesto refiriendo las desgracias de cuarenta años de anarquía, el permanente estado

¹³⁶ *Idem.*

¹³⁷ *Idem.*

¹³⁸ *Idem.*

de bancarrota nacional, la pérdida del territorio, las urgentes precauciones que debían tomarse en presencia de la amenaza yanqui y, finalmente, haría una exhortación y un llamado para que se adoptara un gobierno monárquico.¹³⁹

De Gabriac creía que el plan tenía valor ya que sería un golpe mortal para los republicanos en general y, sobre todo, particularmente, para el republicanismo en América. Observó que aun cuando la organización y la reserva eran necesarias, en último análisis todo dependería de la habilidad del príncipe. Si el príncipe era apto para la tarea, todo sería fácil; si no, la era de las revoluciones no terminaría y Europa no obtendría ventaja alguna con el cambio.¹⁴⁰

De tiempo en tiempo, De Gabriac sirvió como intermediario de las solicitudes del Partido Conservador y de otros intereses que pedían la intervención francesa. En cada ocasión De Gabriac recordó a los solicitantes que sus facultades oficiales no le permitían recibir peticiones de esa naturaleza. Insistió en que no debía, ni podía mezclarse directa o indirectamente, en los asuntos internos de México. Desde luego, todas las peticiones fueron cursadas puntualmente a su gobierno. En octubre de 1856, un grupo de influyentes miembros del clero, del ejército, de los terratenientes y los comerciantes establecidos, se acercaron dos veces a De Gabriac y lo requirieron para que enviara un mensaje a su gobierno en favor de los solicitantes.¹⁴¹ En el mensaje, el grupo pedía a Napoleón III, que considerara el estado lamentable de México y pedían su intervención para poner fin a la anarquía que amenazaba con destruir al país. Enfatizaron que eran los deseos de la mayoría del pueblo mexicano, pedir la protección y el apoyo de Francia e Inglaterra,

... para el establecimiento de un gobierno monárquico con un príncipe elegido por todos, cuyo gobierno sostendrían las

¹³⁹ Gabriac, México, 1º de septiembre de 1856, en Díaz, I, pp. 321-323.

¹⁴⁰ *Idem.*

¹⁴¹ Gabriac, México, 29 de octubre de 1856, en Díaz, I, pp. 354-357.

dos cortes. México lo desea y solicitará abiertamente, positivamente, la restauración de la monarquía.¹⁴²

Por otra parte, declaraban que habían entre 1 000 y 1 500 hombres armados, listos para empezar la revuelta y derrocar al gobierno existente.¹⁴³

Cerca de un año después uno de los descendientes de una de las más ricas familias de la época colonial, el marqués de Rayas, de Guanajuato, vino a ver a De Gabriac con un recado semejante. Se presentó en nombre de “un gran partido y de sus amigos políticos” y le formuló una excitativa lisonjera dirigida al emperador de Francia.

Como jefe de la raza latina en Europa, como árbitro de sus destinos, su soberano no puede desear que esta raza perezca en América, y con ella perezcan el catolicismo, el principio de la monarquía y el equilibrio del Nuevo Mundo. No estamos dispuestos a fiarnos de Inglaterra a causa de su política opresora y protestante; tampoco de España, a causa de su continuada decadencia y debilidad. Deseamos pedirle que solicite oficialmente la intervención del Emperador para adaptar nuestros asuntos exteriores y establecer un régimen estable, en conformidad con las tradiciones y costumbres de nuestro desafortunado país. El es el único que puede salvarnos.¹⁴⁴

Poco tiempo después De Gabriac fue visitado por un antiguo alto funcionario de la anterior administración santanista. También fue enviado por los conservadores para buscar el apoyo de Francia e Inglaterra, que salvaría a México. El antiguo funcionario declaró que la reacción contra el gobierno había cobrado impulso y que dependía por lo pronto de un jefe, un líder, no Santa Anna, sino un general resuelto a provocar una manifestación popular, y que para

¹⁴² *Idem.*

¹⁴³ *Idem.*

¹⁴⁴ Gabriac, México, 17 de septiembre de 1857, en Díaz, I, pp. 432-

ello se necesitaba seriamente la ayuda de las potencias occidentales.¹⁴⁵

De Gabriac también creyó que la causa conservadora había cobrado peso y que existía un cambio evidente y pronunciado en la opinión pública, y aconsejó a su gobierno que lo tomara en consideración. Informó que incluso Comonfort (entonces presidente de México) reconocía la necesidad de una monarquía, ya que en una conversación con De Gabriac, había deslizado la observación de que “desgraciadamente, Iturbide, habiendo querido formar un imperio... no tuvo todas las cualidades necesarias ni un linaje, para una monarquía”.¹⁴⁶

Gabriac también recibió una carta de un amigo con buenos recursos e importantes contactos de Nueva Orleans, que lo convenció de que esta opinión favorable a la monarquía, se había difundido en los Estados Unidos. La carta señalaba que la idea de una intervención napoleónica en México era bien recibida en Nueva Orleans y que en un sector creciente se propagaba una opinión positiva hacia la monarquía, debido a los temores que inspiraba la situación interna de México.¹⁴⁷

Una de las observaciones más originales e interesantes que hizo De Gabriac de la escena local, durante los años que estuvo en México, se refiere a la influencia de las mujeres en la política.

Existe en México una influencia, latente pero eficaz, que juega un gran papel en la política interna del país: la influencia de la mujer. No estaba dispuesto a creerlo, pero fui obligado a someterme a la evidencia. Las relaciones domésticas son de una intimidad y de una intensidad semejantes sólo a la de los españoles. En el seno de la familia el “puro” capitula ante los constantes sermones de la madre, la esposa, la hija o

¹⁴⁵ *Idem.*

¹⁴⁶ Gabriac, México, 20 de octubre de 1856, en Díaz, I, pp. 354-357.

¹⁴⁷ *Idem.*

la hermana. La situación lo hace sacrificar sus convicciones y su doctrina social. Pero lejos de ellas, se transfigura en un ateo, un comunista, en un hombre capaz de vender a su esposa o a su hija, o cambiarlas como si fueran burros, ovejas o pollos, lo mismo que los "pintos" en el sur de la república. Es raro encontrar una mujer que teniendo la desgracia de contar con uno de estos profundos pensadores políticos en su familia, no levante constantemente objeciones contra él. Esta es una de las más poderosas razones de la impopularidad de los "puros". El partido representado por Haro, tuvo, por el contrario, el apoyo del sexo débil y, consecuentemente, el del clero.¹⁴⁸

Además de sus prejuicios antidemocráticos y antinorteamericanos, De Gabriac tenía poco amor por los mexicanos y algo menos que admiración por la forma en que era gobernado el país. Declaraba que México no había sido un pueblo, sino "sólo conquistadores e indios". La riqueza del país se había quedado siempre en el fleco de los asuntos públicos; no había buena fe, ni opinión pública.¹⁴⁹ "En México la tierra y el cielo son magníficos, pero el hombre no se parece aún a la especie".¹⁵⁰

Es evidente que cuando De Gabriac regresó a Francia, los mismos intereses conservadores que se habían acercado a él de tiempo en tiempo, hicieron al gobierno francés la petición de que fuera nuevamente asignado a México.¹⁵¹ Cuando el gobierno de Miramón cayó y triunfaron el partido liberal y el gobierno de Juárez en 1860, Melchor Ocampo dijo al sucesor de De Gabriac que si éste hubiera permanecido a la cabeza de la legación francesa, habría sido expulsado del país.¹⁵²

¹⁴⁸ Gabriac, México, 1º de febrero de 1856, en Díaz, I, pp. 250-252.

¹⁴⁹ Gabriac, 29 de diciembre de 1858, en Díaz, II, pp. 51-52.

¹⁵⁰ Gabriac, 1º de noviembre de 1855, I, pp. 219-220.

¹⁵¹ *Petición en Favor del Vizconde Alexis de Gabriac*, México, 9 de mayo de 1860, en Díaz, II, pp. 157-158.

¹⁵² De Alphonse Dano de Saligny, México, 28 de enero de 1861, en Díaz, II, p. 200. Había buenas y suficientes razones para que Mé-

En los informes, despachos y cartas de los funcionarios españoles y franceses en México durante la primera mitad del siglo XIX pueden ciertamente encontrarse temas e ideas recurrentes que es posible reforzar con otra fuente igualmente abundante y persistente: las narraciones de viajes que recogen experiencias sobre México.

Como lo son todavía en la actualidad, las narraciones de viajes fueron un género literario informativo y popular en el siglo XIX, que a veces alcanzaba muchas ediciones. Margarita M. Helguera, de la Universidad de México, ha trabajado con un grupo de estos libros, entresacando aspectos temáticos que tienen correspondencia con los que revelan los informes de los funcionarios franceses y españoles.¹⁵³ Aunque su estudio se limitó a los viajeros franceses, indudablemente la literatura de viajeros de otros países podrían proveer de un material semejante y podrían encontrarse paralelismos entre ellos y los informes de los diplomáticos.¹⁵⁴ Los autores de los relatos seleccionados por Helguera forman

xico fuera renuente a ver a De Gabriac de nuevo. Francisco Bulnes menciona que De Gabriac no era un hombre de posibles cuando fue nombrado por primera vez para el cargo en México, y que su salario era de 16 000 dólares por año. Permaneció en México cinco años, y, a su regreso a Francia llevaba con él 150 000. Además dejó en México propiedades en bienes raíces que todavía en 1904 estaban bajo el control de su familia, Bulnes cree que el dinero vino del clero. Francisco Bulnes, *El Verdadero Juárez y la Verdad sobre la Intervención y el imperio*. París, México: Librería de la Viuda de Ch. Bouret, 1904, pp. 35-37.

¹⁵³ Margarita M. Helguera, "Posibles Antecedentes de la Intervención Francesa", *Historia Mexicana*, XV, Núm. 1, julio-septiembre de 1965, pp. 1-24.

¹⁵⁴ Un autor que inmediatamente viene a la mente es Frances Calderón de la Barca, esposa del primer ministro español en México. Escribió una serie de cartas que fueron publicadas después (1843) bajo el título *La Vida en México*. Ella describió México como una extensión de la sociedad virreinal y aludió muchas veces a los beneficios concedidos por España a su antigua colonia. Una lista más completa de los relatos de viajeros extranjeros, puede hallarse en la bibliografía de C. Harvey Gardiner, *Foreign Traveller's Accounts of Mexico 1810-1910*, Américas, VIII, enero de 1952, pp. 321-351.

un grupo heterogéneo: novelistas, hombres de letras, historiadores, un arqueólogo y un misionero católico. Tres de ellos tuvieron más relación directa con el gobierno francés: Michel Chevalier, quien viajó por los Estados Unidos y México entre 1833 y 1835, como agente del gobierno francés y fue después senador y ministro de estado.¹⁵⁵ Désiré Charney, un arqueólogo mandado por Napoleón III a México para estudiar las culturas antiguas del país; y, finalmente, el abate Emmanuel Domenech, quien fue después una especie de agente de propaganda y de prensa para Maximiliano.¹⁵⁶ Este último, un confesado apologista de la monarquía, declaró que “hombres serios que más o menos conocen y los mexicanos, están de acuerdo acerca de la necesidad de establecer inmediatamente en este país una monarquía constitucional”.¹⁵⁷

Aunque tales viajeros visitaron México en diferentes momentos y difieren en su visión y en su formación intelectual, pueden extraerse una serie de temas comunes en sus relatos:

- A. Las inagotables riquezas de México.
- B. La desastrosa situación política de México.
- C. Los mexicanos y sus defectos.
- D. Las grandes reformas y mejoramientos que los europeos podrían introducir en México.
- E. Las pocas inconveniencias que habría que confrontar para inducir tales reformas.
- F. La abierta sugerencia o petición de una intervención francesa en México que sería buena para franceses y mexicanos.¹⁵⁸

Temas parecidos pueden hallarse en la correspondencia de los funcionarios franceses y españoles y podemos añadir la siguiente lista:

¹⁵⁵ Helguera, *op. cit.*, p. 7.

¹⁵⁶ Helguera, *op. cit.*, pp. 11-12.

¹⁵⁷ Emmanuel Domenech, *L'Empire au Mexique, et la Candidature d'un Prince Bonaparte au Trone Mexicain*, Paris, Libraire-Editeur, 1862.

¹⁵⁸ Helguera, *op. cit.*, p. 14.

1. Una acusada aversión por las instituciones republicanas y una teoría conspirativa de la historia en relación con ellas.
2. Un prejuicio definido contra los Estados Unidos, como representantes del republicanismo en el nuevo mundo.
3. Una interpretación depredatoria de la historia de México y de la sociedad mexicana desde el final del poder español.
4. La necesidad de contener la expansión de los Estados Unidos.
5. La necesidad de preservar la raza y la cultura latinas, y la religión católica.
6. Para cumplir las últimas dos cuestiones, establecer orden en México, la necesidad de una forma monárquica de gobierno, la única compatible con las costumbres y las tradiciones mexicanas.

Estos temas proveyeron una estructura, un clima intelectual dentro del cual, al menos Francia y España, concibieron al México de entonces en particular, y al Nuevo Mundo en general.¹⁵⁹ Dentro del contexto conformado por estos motivos, los estadistas formularon sus políticas y tomaron sus decisiones.

Cuando Juan Antonio de la Fuente, ministro plenipotenciario de México en Francia, escribió a Thouvenel, ministro francés de Asuntos Exteriores, solicitando sus pasaportes y rompiendo relaciones diplomáticas en protesta contra

¹⁵⁹ Como una prueba de que el gobierno británico pudo haber tenido una concepción diferente, puede servir de testimonio este informe. "El gran error que penetra los cálculos del gabinete español con relación a Hispanoamérica, y especialmente con respecto a México, es que se persisten obstinadamente en la convicción de que porque México está en el presente en un estado de anarquía, por lo tanto los mexicanos deben estar y están ansiosos de poner término a tal estado de cosas mediante el retorno del dominio español. Esta suposición, según toda la información que he estado en posibilidad de recoger es totalmente errónea." H. U. Addington a Earl of Aberdeen, 3 de marzo de 1830, en Webster, Documents, II, pp. 475-476.

la intervención, hizo este comentario sobre la visión que Francia tenía de México entonces:

Fue necesario suprimir la historia, desatender pruebas innumerables, y desmentir las diarias relaciones, para arribar a la conclusión de que el gobierno de México es un gobierno inescrupuloso, y el país, un país bárbaro, y *esto es lo que se ha hecho, no obstante, en algunos de vuestros documentos oficiales*. Fue necesario, pues ¿de qué otra manera podría ser explicado el enorme ultraje que está a punto de cometerse contra nosotros, en abierta violación del gran principio de no intervención, que fue concebido como una de las más preciosas conquistas de la nueva ley de las naciones?¹⁶⁰

Cuando el asunto del crédito Jecker y las cuestiones de la deuda externa de México despertaron una reacción en Francia, los cancilleres de Napoleón III no dudaron en recordar los comentarios de los viajeros franceses y los de sus representantes oficiales sobre México, su pueblo y su gobierno: sus versiones sirvieron para reafirmar y justificar convicciones previas.

¹⁶⁰ De la Fuente a Thouvenel, París, 17 de marzo de 1862, en *Correspondence Relative to the Present Condition of Mexico. Communicated to the House of Representatives by the Department of State*. Washington, Government Printing Office, 1862, pp. 178-184; cf. U. S. Congress, House, Cong. 37º 2º sesn., House Executive Document. Núm. 100. (Cursiva del autor.)